

Debe de ser pura casualidad, pero las madrastras perversas de los Grimm, y de Disney después, son mujeres fuertes y astutas que no dependen de ningún hombre. Y por si fuera poco, les sobra ingenio e iniciativa. Si no se dedicasen a intentar matar a diestro y siniestro, hasta podríamos admirar sus enormes talentos.

Las heroínas de los cuentos, en cambio, no muestran un pelo de voluntad propia. Blancanieves jamás cuestiona a su madrastra y, en cambio, acepta todos los venenos que aquella le ofrece. Rapunzel se resigna mansamente a vivir desterrada por la hechicera malvada hasta que el príncipe ciego se topa con ella en el bosque. Cenicienta no habría pasado a la historia si la mano derecha del rey (otro hombre) no hubiese insistido tanto en que se probase el zapato de cristal que todas ansiaban, hasta el punto de que una de sus hermanastras incluso llega a amputarse los dedos del pie para poder calzarlo.

Son las madrastras las que se echan a la espalda el peso de los cuentos. Sin ellas, la historia sería un culebrón como cualquier otro. Para derrotar a mujeres de esta talla, enemigas declaradas de otras más jóvenes e indefensas, hace falta un hombre; y si es príncipe, mejor, que así podrá mantenerla de por vida, para que ya no necesite salir de casa y meterse en problemas.

En los cuentos tradicionales, son ellos los que viven la aventura y los que imprimen aliento vital a la vida de las doncellas, incluso sin su consentimiento. Como anota Hélène Cixous en *La risa de la medusa*, cuando estas mujercitas inertes vuelven al mundo real, su primera visión son los príncipes, sus salvadores, su nuevo universo de referencia. Solo ellos pueden restablecer el equilibrio roto por alguien que podría haber sido una amiga y compañera.

Con los años, a medida que dejé de ser la niña a la que llamaban loca, entendí que aquello solo eran cuentos, pero se habían reproducido tantas veces en mi cabeza que la lección había quedado grabada.

Y de pronto, ¡sorpresa!, me veo envuelta en una relación amorosa en la que, como por encantamiento, yo soy la madrastra de la historia, y ahí ya no hay nada de ficción.

Todo iba genial, me llevaba bien con el hijo de mi pareja e incluso con la madre del niño, porque a esas alturas ya había entendido que «la otra» no era mi enemiga. Aun así, no sabía cómo nombrarme (o sí, pero no me atrevía, porque eso de arriesgarme a que me hicieran bailar con zapatos candentes no me apetecía nada): no era la amiga, ni la prima, ni la novia del padre. Era otra cosa, esa figura innombrable. Porque intuía que si decía tres veces la palabra *madrastra* delante del espejo, me convertiría en bruja de inmediato y todo el mundo lo notaría. Es algo que ocurre con las malas: siempre llaman la atención.



Como lo que no se nombra no existe, sentía que andaba por la periferia de una galaxia a la que quería pertenecer, como un planeta raro al que aún no han puesto nombre. Me llevó un año y medio aquel bautizo. Tenía que mirarme en el espejo y decir con voz fuerte: MADRAS-TRA.

Y entonces la magia —o la brujería, porque quién podría distinguir las— hizo su trabajo: lo dije, y el niño me dio una varita de hada y se rio, porque en el fondo él ya lo sabía. Y ya está, no había nada malo en mí. Ya era parte de esa galaxia.

29

**E**n cualquier caso, los hermanos Grimm no fueron los primeros en construir nuestro imaginario. Antes de ellos ya lo hicieron otros, como los griegos, con sus mitos, sus tragedias y su filosofía, definiendo y sentando las bases de lo que era correcto e incorrecto para las mujeres. Y es que, para bien o para mal, la civilización grecolatina es la cuna de la cultura occidental, con todo lo que eso conlleva.

Cuenta Margarita Dalton Palomo en su libro *Mujeres, diosas y musas: tejedoras de la memoria*, que en los relatos de Homero y Hesíodo, por ejemplo, las mujeres —al menos las mortales— se limitan a un papel reproductivo y doméstico. Son motivo de intercambios, alianzas, disputas y conquistas.

En la *Ilíada* y la *Odisea*, Homero habla de las mujeres como objeto de deseo de los hombres y causa por tanto de muchos males, pues de nuevo el principal mérito de la mujer es la belleza, que habitualmente no ocasiona sino problemas. Basta recordar a Helena, hija de Zeus y esposa del rey de Esparta, que acabó encandilando a Paris y provocando la guerra de Troya.

Dando una vuelta de tuerca para ajustarnos las clavijas un poco más, como es habitual, Hesíodo, que se entretenía levantando un mundo de significados y símbolos también a nuestra costa, agregó que no solo causamos guerras, sino que además somos las culpables de la oscuridad, de los malos sueños y de la muerte en general.

Sea como sea, los relatos fundacionales de la Antigua Grecia alertan a propios y ajenos sobre la falta de virtud de las mujeres y el peligro de tenernos cerca.

Esto ocurre, claro está, cuando hablan de nosotras. Porque en muchos de aquellos textos antiguos las mujeres ni siquiera figuramos: sea porque nuestro radio de acción en aquel entonces se limitaba a los confines del hogar o porque silenciarnos era una forma bastante elocuente de confirmar que éramos débiles e inferiores.

No vamos a negar la potencia de los relatos —sean cuentos, mitos, tragedias o chismes que pasan de boca en boca— para construir imágenes que perduren a través de los siglos, pero los pensadores griegos no se detuvieron ahí, sino que dieron un salto al pensamiento filosófico y, en una doble pirueta mortal, se sacaron de la manga que todo eso que éramos no se debía a la pura fantasía, sino a la naturaleza de las cosas.

Platón fue uno de ellos. Si bien se pronunció a favor de que la mujer no fuera considerada una posesión del marido y recibiera educación, coincidía con el pensar de la época en que era «en todo más débil que el hombre» (*República*). Su discípulo Aristóteles fue mucho más allá y nos definió directamente como seres inferiores. En su *Política* no dejaba lugar a interpretaciones: las diferencias sociales se deben a razones biológicas; la organización de la sociedad es un hecho natural, y toda jerarquía se basa en que la mujer es un ser de razón «incompleta».

Vengativas y locas, mentirosas y ambiciosas, putas y asesinas: allí, en la Antigua Grecia, se diseñó todo nuestro repertorio de taras para los milenios venideros (y todavía hay que dar gracias, que más allá de Grecia las cosas eran bastante más complicadas).

De vuelta al mito, quizá la imagen más clara del daño potencial que encierra nuestro sexo sea aquella que representa el inicio de todos los males: la primera mujer, Pandora.

Hubo un tiempo en que los hombres vivían felices: antes de que las mujeres existieran. Solo les faltaba el fuego, que Zeus había escondido meticulosamente. Todo se torció cuando un titán amigo de los mortales llamado Prometeo lo robó mediante engaños, y el dios se puso furioso y decidió vengarse con la misma moneda, es decir, con otro engaño: mandó que Hefesto crease del barro un objeto —porque la cosificación femenina no empezó en Hollywood— y que le infundiera vida.

Una vez creada y colmada de dones propios de las diosas del Olimpo, Zeus encargó a Hermes, dios de la astucia, que introdujese en ella la mentira, la seducción y un carácter inconstante (¿o quizá cíclico?, ¿tal vez menstruante?). Ese fue el regalo que envió a Epimeteo, hermano de Prometeo, junto con una tinaja e instrucciones de no abrirla bajo ningún concepto.

La curiosidad de Pandora le hizo abrir la tinaja —igual que a la Bella Durmiente le hizo buscar rucas o a Eva morder la manzana— y de ese modo liberó todos los males que Zeus había escondido en ella. Para cuando la cerró, lo único que quedó dentro fue la esperanza.

Y digo yo: crean a la primera mujer con carácter «conflictivo», luego la entregan a un hombre como si fuese un objeto, con una cajita que no se puede abrir, ¿y aun así en los mitos toda la culpa es de ella y por tanto *nuestra*?